

Un bello y suntuoso templo,
Y en él pondré mi morada,
Y atenta estaré á los ruegos
De todos los que me pidan
Que interceda yo por ellos.
Padre: escucha mis plegarias..."

—“Hija mía en quien tengo
Cifradas Yo mis delicias
Y á quien nada negar puedo,
Haz todo lo que te plazca”,
Dijo el Padre sonriendo
Al poner sobre su frente
Un ósculo dulce y tierno.

Después el Hijo en sus brazos
La estrechó de amores lleno,
Y el Paráclito Divino
Con resplandores intensos
La bañó, y en dulces himnos
Prorrumpiendo el Coro angélico
Exclamó: “Feliz, mil veces
Feliz el florido suelo
Donde pondrá su morada
La Reina del Universo.”

PRIMERA APARICION.

DIEZ años ha que la España
Triunfante vió su bandera
Flotar sobre los escombros
De Tenoztitlan la bella,

Diez años de servidumbre
Para los nobles aztecas,
Que sencibles al oprobio
De arrastrar duras cadenas,
Aun no pierden la esperanza
De recobrar su grandeza.

Muy pocos han dado oídos
A la voz, para ellos nueva,
De la Religión cristiana,
Que es la única verdadera;
Y entre esos pocos, un pobre
Indio de raza plebeya,
Pobre en bienes de fortuna,
Pero de grande riqueza
Por sus virtudes, ejemplo
Dando en su humildad con ellas,
Practica el bien, odia el mal
Y el paganismo detesta.
Las aguas al recibir
Del Bautismo en su cabeza,
De Juan Diego recibió
El nombre, y también con ellas
Sintió brotar en su pecho
De amor la divina hoguera.
A Dios amó sobre todo,
Y después á la que Reina
Del universo proclaman
El cielo, el mar y la tierra.
Por su amor todo lo haría;
Su vida diera por Ella,
Y por servirla se afana
Y aumentar su culto anhela.

Vedlo allí..... la noche obscura
Con su manto de tineblas

Aun cubre al mundo, y ya activo
Su pobre cabaña deja
Para dirigir sus pasos
De Tlaltelolco á la iglesia,
Y asistir al Sacrificio
De la misa que celebran
Los celosos misioneros
De los cielos á la Reina.

Caminando presuroso
Al romper del alba llega
Al pie de un estéril cerro,
Que á poca altura se eleva
En la llanura, y de pronto
En sus oídos resuena
Un canto dulce y sonoro,
Cual si de aves muchas fuera
Que en varios coros reunidas
Y en grata correspondencia
Alternaran sus canciones
Que el alma de gozo llenan.

Alzando luego la vista
Juan Diego absorto contempla
Una nube esplendorosa,
Blanca cual si copo fuera
De nieve, toda rodeada
Por el iris que se ostenta
Con los más vivos colores
Que deslumbran y deleitan.
El corazón le palpita
Al mirar tanta belleza;
Sus ojos brillan á impulso
Del júbilo que esprimenta,
Y en su arrobamiento dice
Entre sí: ¿qué escena es esta

Que me inspira tanto gozo
Y todo temor aleja?
¿En qué sitio de la tierra
Me encuentro? ¿será el paraíso
Este que mis plantas huellan,
Jardín de fragantes flores,
Mansión de delicias llena,
Do vivieron nuestros padres
Gozando de la inocencia?

Pensaba en esto Juan Diego,
Cuando de improviso llega
A su alma una voz tan grata,
Que de placer lo enagena;
Voz de mujer, delicada,
Suavísima, dulce y tierna,
Que del centro de la nube
Con gran ternura le ordena:

“Acércate, Juan”; y ancioso,
Del collado por la cuesta
Sube Juan, y se aproxima,
Y casi sus ojos ciegan
Ante la luz que despide
Una agraciada Morena
Que tiene á sus pies la luna,
En su manto las estrellas,
En su túnica las flores
Y corona en su cabeza.
Hermosa es como ninguna
De las bellas hijas de Eva:
Sus ojos amor inspiran
Con la luz de la inocencia;
Sus labios son de granada,
Y en todo su aspecto muestra
De humildad la sencillez

Con la majestad de Reina.
Los peñascos escarpados
Parece que en su presencia
Se han trasformado en diamantes,
Topacios, rubiés y perlas;
Los nopales y las ramas
De los espinos, remedan
A manojos de esmeraldas
Que con la luz reverberan,
Y el suelo con mil colores
Precioso jaspe semeja.

Llegado Juan, de la hermosa
Señora ante la presencia,
Esta le dice: "Hijo mío
A quien amo con ternera
Como á humilde y delicado,
¿A dónde vas?" Juan contesta:
"Noble dueño y mi Señora:
Voy de Santiago á la iglesia
Para oír la santa misa
Que el sacerdote celebra"

— "Saber has, hijo querido,
Prosigue la hermosa Reina,
Que soy la Virgen María,
De Dios Madre verdadera,
De Dios autor de la vida,
Criador de cielos y tierra,
Que en todas partes está
Y el universo gobierna.
Mi anhelo es que en este sitio
Un templo erigido sea
En mi honor, y en él piadosa,
Como Madre tuya tierna
Y de todos tus hermanos,

Os mostraré mi clemencia;
Compasiva oiré los ruegos
De todos los que en Mí tengan
Confianza y amor cifrados,
Consuelo daré en sus penas
A los que lloran, alivio
A los que sufren dolencias,
Y nadie que á Mí recurra
Saldrá sin que oído sea.

Para que esto se realice,
Anda, hijo mío, y expresa
Mi voluntad al Obispo
Que de México apacienta
El rebaño, y le dirás
Cuanto has visto. Tu obediencia,
Al hacer lo que te mando,
Tendrá grande recompensa.
Te afamaré en todo el mundo
Y sublimaré por ella.
Anda y cumple mi deseo,
Vete en paz, y con firmeza
En conseguir lo que pido
Tus vivos ruegos esfuerza."

Al concluir la Virgen Madre
El indio se postra en tierra
Y la dice humildemente
Con sencilla reverencia:

"Voy á cumplir tu mandato,
Porque el corazón anhela
Servirte sin dilaciones
Y con toda diligencia.
Voy pronto;" y así diciendo
Respetuoso su cabeza
Inclina, y de la ciudad

Se dirige por la senda.
Nada detiene sus pasos
Que el suelo tocan apenas:
Devora el espacio, y pronto
Del Obispo en la presencia,
A pesar de los desaires
Que los sirvientes le hicieran,
Expone de la embajada,
Con su sencilla elocuencia,
Los motivos; ardoroso
Insta con fervor y ruega
Para que presto á la Virgen
Su templo erigido sea.

Lo oyó Fray Juan de Zumárraga,
Que de virtud en sí muestra
Un acabado modelo
A los pueblos que gobierna:
Le pregunta muchas veces
Para ver si en él encuentra
Ficción alguna, y mirando
De Juan Diego la firmeza,
La invariable narración
Y sus seguras respuestas,
Vacila, teme un engaño,
Cree á veces y otras recela,
Y al fin, juzgando que debe
Proceder con gran prudencia,
Le dice que es necesario
Que pasado un tiempo vuelva,
Y entonces resolverá
Lo que conveniente sea.

SEGUNDA APARICION.

A la hora en que el sol se acerca
A las puertas del Ocaso,
Tiñendo de mil colores
Los celajes con sus rayos,
Juan Diego triste, muy triste
Por el dolor agobiado,
De Tolpetlac á su pueblo
Se dirige paso á paso,
En su inútil embajada
Con amargura pensando.
¿Qué le dire á mi Señora,
A mi Dueño muy amado?
A solas se preguntaba
Reprimiendo el triste llanto
Que luchaba por brotar
De sus ojos... "Nada valgo,
Soy un mísero plebeyo
Tan indocto, que ni aun hablo
El idioma de Castilla,
Y no sé cómo olvidado
De mi bajeza, he podido
Aceptar el alto encargo
De embajador de una Reina...
¿Y qué Reina...? su mandato
Por conducto de un monarca
Debiera ser intimado.
Por mí no siento el desaire...
¿Quién soy yo sino un villano...?"

Por Ella sí, por María
Siento el duro desengaño.”

Así meditaba el indio
Al encumbrar, angustiado,
El cerrillo en que á la Virgen
Vió de gozo palpitando
En la mañana, y de pronto
La vió allí mismo, y postrado
En el momento la dice
Vertiendo copioso llanto:

“Niña mía muy querida:
He cumplido tu mandato,
Y aunque por pobre y humilde
No se me dió franco paso
Del Obispo á la presencia,
Al fin le hablé, y en el acto
Le expresé tu voluntad
De que en este sitio grato,
Un templo se te dedique
Para venir á habitarlo.
Oyóme con atención,
Pero crédito no ha dado
A mis palabras, y creo
Que sospecha algún engaño
De mi parte, y por lo mismo
Te ruego, por desacato
Este ruego no recibas,
Que mandes un hombre honrado
Por su alcurnia y su nobleza,
A que cumpla tu mandato.
Yo... bien lo ves, Dueño mío,
Soy un plebeyo, un villano,
Hombre sin prestigio alguno,
Y por lo mismo, este encargo

No es para mí...; mas, perdona,
Perdona á este desgraciado,
Si faltando á tu decoro
Se hubiere excedido en algo.
Perdona si hé sin saberlo,
Tu indignación provocado,
Pues sabes, Señora mía,
Que con toda mi alma te amo.”

La Virgen Inmaculada
Oyó benigna el relato
De Juan Diego, y contestóle
Con tono expresivo y blando:
“Escúchame, hijito mío,
Sábetes que tengo criados
Que ejecutarán con gusto
Y sin tardar, lo que mando;
Pero conviene que tú
Desempeñes este encargo.
Vuelve, pues, y dí al Obispo
Que Yo quiero sin retardo
Ese templo en que los ruegos
Oiré de los mexicanos,
Y de todos los que sufran
Y se acojan á mi amparo.
Repítele que de Dios
Soy la Madre, Yo que te hablo,
Y que anhelo mis favores
Prodigarles á los que amo.”

—“Volveré como lo ordenas,
Porque no temo el trabajo,
Sino sólo las repulsas
Que retardan tu mandato,
Pues que tienen por origen
El que de un honor tan alto

Como el ser tu mensajero,
Indigno soy... Con tu amparo
Mañana haré lo que ordenas,
Y te ruego, que á su ocaso
Al llegar el sol, me aguardes
En el sitio en que ahora estamos,
Para darte la respuesta
Del venerable Prelado."

"Quédate en paz, oh Señora"
Clama Juan Diego, expresando
Su humildad y su cariño,
Y luego apresura el paso
Para llegar á la choza
Donde le espera el descanso.

Apenas amaneció
El diez de Diciembre, aneiando
Cumplir el indio dichoso
Lo que María ha mandado,
Se dirige á oír la misa
Hacia el templo de Santiago
Tlaltelolco, y terminada
Se presenta en el palacio
Del Obispo, donde mucho
Su entrevista retardaron
Los familiares, y luego
Que pudo verlo, entre llantos,
Gemidos y tiernas quejas,
Díjole á sus piés postrado,
Que por vez segunda había
Visto entre fulgentes rayos
A la Madre del Criador,
Que repetir le ha mandado
Su mensaje. "No lo dudes,
Insiste siempre llorando,

Soy su indigno mensajero,
De Ella, que esparce el encanto
Y la ventura do quiéra
Con su mirar soberano.
Es bella como ninguna,
Y resistir es en vano
Sus órdenes, que endulzadas
Son con la miel de sus labios."

Atento escucha el Obispo,
Y en su rostro indicios claros
Se ven de la lucha interna
Que lo agita: ve que falso
No puede ser lo que el indio
Refiere con signos tantos
De verdad: en su alma siente
De amor el fuego sagrado
Que lo impele á ejecutar
De la Virgen el mandato.
Vacila, y al fin queriendo
Asegurar el descanso
De su conciencia, le exige
Al mensajero villano
Que le pida una señal
A la Virgen que lo ha enviado,
Por la cual se reconozca
Que es Madre del Soberano
Señor, y que anhela un templo
A su culto consagrado.

—¿Qué señal quieres que pida?
Pregunta Juan; y dejando
Sin respuesta la pregunta,
Llama el Obispo á su lado
Dos personas de confianza,
A las cuales da el encargo

De que sigan sin ser vistas
Del indio pobre los pasos,
Para ver á dónde vá
E indagar todos sus actos.

Despedido Juan, se aleja
Siempre triste, lamentando
No llevar de la embajada
A la Virgen buen despacho.
Tras de él caminan ocultos
Los dos diligentes criados
Que de vista no lo pierden
Ni un momento; y sin embargo,
De improviso ante sus ojos
Desaparece, y en vano
Lo buscan en el sendero
Entre breñas y peñascos,
Y después de mucho tiempo
Se vuelven desesperados,
Para decir al Obispo
Que Juan por artes del diablo
Despareció de su vista,
Que es hechicero, y por tanto,
Merece duro castigo
Si vuelve á entrar en palacio.

El buen Fray Juan de Zumárraga
Levanta al cielo sus manos
Y pide á Dios lo ilumine
De viva fe con los rayos.

TERCERA APARICION.

LO ha dicho Dios: *Ensalzado*
Será siempre el que se humilla
Y humillado el que soberbio
A ser el primero aspira.

Esto mismo, en bello canto
Que la tierra conmovida
Ha muchos siglos repite,
Con entusiasmo María
Expresó en aquel momento
Al visitar á su prima
Isabel: *A los potentes*
De su sede precipita
El gran Dios, y á los humildes
Los ensalza y glorifica.

De esta verdad, una prueba
De tantas como se miran
Diariamente, es la que ofrece
Juan Diego, que se imagina
No tener valor alguno,
Que siente pena infinita
Al ver que la Virgen Madre
En él su mirada fija,
Nombrándolo mensajero
Para la obra que medita;
Que cuando la gran Señora
Tanto lo enaltece, "Mira,
El la dice, yo soy nada...
No merezco tanta estima,

Y para tus altos fines
Otros mil dignos habría
De tanto honor;" y la Virgen
Levntando al que se humilla,
Le repite: "Ningún otro
Sino tú que así declinas
Los honores, conveniente
Es que en la embajada siga."
Y Juan Diego la obedece
Porque ardiente amor respira,
Y por servirla y amarla
Diera con placer la vida.

Ahora, llegando afligido
Al lugar en que la cita
Le dió la amorosa Madre,
Esta siempre circuida
Por el iris refulgente
Que apacible y grato brilla,
Se le presenta en la cumbre
Del cerrito, y de rodillas
Postrándose el indio exclama:
"Volví al palacio en que habita
El Obispo, tu mensaje
Con mis palabras sencillas
Le expuse, lloré á sus plantas
Con instancias repetidas,
Y después de sus preguntas
Y repreguntas, que indican
Desconfianza, me ha expresado
Que una señal necesita
Para comprobar que Tú eres
Quien mis palabras inspiras,
Y que en este sitio quieres
Un templo, ¡oh Madre divina!"

En los labios de la Virgen
Apareció una sonrisa,
Que el corazón enagena
Con inefables delicias;
Y su gratitud mostrando
A Juan que goza al oírla,
Le ordena que presuroso
Vuelva en el siguiente día,
Para darle la señal
Que el Obispo solicita.

Despidiéndose amoroso
El indio su frente inclina,
Y se retira á su choza
Donde la virtud anida.
Allí su esposa lo espera,
La cándida María Luisa,
Y un tío á quien ama mucho
Y á quien como padre mira.
Mas ¡oh dolor! de esa choza
Cuando los umbrales pisa,
Ve que postrado en el lecho
Por una fiebre maligna,
Juan Bernardino su tío
Serios temores inspira
De gravedad, y la muerte
Parece que se aproxima.
Con grande empeño el sobrino,
Apenas la aurora brilla,
Un médico de los suyos
Corre á buscar, y le aplica
A su muy querido tío
Las que juzga medicinas
Más eficaces; y en vano,
Pues al terminar el día,

Juan Bernardino conoce
Que se le acaba la vida.
Entonces como cristiano
Que teme á Dios, y que aspira
A gozar de la ventura
A los fieles prometida,
Con instancia cariñosa
A su sobrino suplica
Que le traiga un sacerdote,
Tan luego como tranquila
Aparezca en el Oriente
La luz del cercano día.
Y Juan Diego... Mas preciso
Es que al cielo humilde pida
Mi pecho la inspiración,
Para que mi pobre lira
Resuene por todo el mundo
Esparciendo la alegría,
Al cantar lo que me resta
De historia tan peregrina.

CUARTA APARICION.

SIENDO la inocencia misma
Jesús, amoroso Padre,
Mientras habitó en el mundo
Tuvo gusto en rodearse
De los candorosos niños,

Que en sus brazos paternales
Gozaban tiernas caricias
Y consejos saludables.
A los que le preguntaban
Qué harían para salvarse,
Sed niños, les respondía;
*¡Ay del que escandalizare
A uno de estos pequeñuelos!
Mejor le fuera arrojarse
De cabeza en lo profundo
Del mar inconmensurable.*
Ser niño es ser inocente,
Candoroso, tierno, afable;
Y niños hay en el mundo,
Niños de todas edades,
Aunque muestre su cabeza
La nieve pura y brillante.
Niño es Juan Diego que intenta
A la mirada ocultarse
De la Virgen, que penetra
Los abismos insondables
De la tierra, el mar y el cielo,
Por ser del Criador la Madre,
Salido de su cabaña
Antes que el alba brillase,
Va á pasar por aquel sitio
Donde á la Virgen amante
Ha visto, y en el momento
Que recuerda que el día antes
No ha venido á recibir
La señal, quiere alejarse
De su vista: otro sendero
Toma del cerro distante;
Mas... ¡oh sorpresa! la Virgen

A encontrarlo viene amable,
Descendiendo de la cumbre
Del cerro, en nube brillante:
¿A dónde vas, hijo mío?
¿Qué senda sigues? afable
Pregunta la hermosa Virgen;
Y Juan Diego, al prosternarse
Confuso y avergonzado,
La contesta: "Dios te guarde
Niña mía muy amada;
¿Cómo estás? Desagradable
No sea lo que mis labios
Hoy van á decirte: Sabe
Que está enfermo un siervo tuyo,
Que es mi tío, mi buen padre;
Muy fatigado se encuentra
Porque la dolencia es grave,
Y voy en este momento
Un sacerdote á llevarle
Que lo absuelva, y el Santo Oleo
Le ministre, pues ya sabes
Que sujetos á morir
Nacemos de nuestros padres.
Después de esto volveré
A cumplir lo que ordenares.
Perdóname, te lo ruego,
¡Oh dulce y piadosa Madre!
Un poco de sufrimiento
Ten hoy, y lo que me mandes
Mañana haré, pues fingido
No es lo dicho, y de excusarme
De obedecer tus mandatos
No he tratado un solo instante."

— "Oye, dice bondadosa
La dulce y benigna Madre,
Con la sonrisa en los labios
Y el amor en su semblante,
Nada te aflija y moleste
Ni temas enfermedades;
¿Aquí no estoy á tu lado
Como una amorosa Madre?
¿No estás bajo de mi sombra
Y mi amparo? ¿fuente estable
No soy de salud y vida?
¿En mi regazo no sabes
Que te encuentras? ¿qué otra cosa
Necesitas? no te afanes
Por tu tío, que sin duda
No morirá de ese achaque,
Y que á estas horas ya libre
Se ve de todos sus males."

Con estas razones Juan,
Sintiendo consuelo grande,
Clamó á impulso de la dicha
Que se esparce en su semblante:

"Envíame, Señora mía,
A ver al Obispo, y dame
La señal que me dijiste
Para que dudas rechace."

— "Sube, mi hijo muy querido,
Al cerro en que me miraste,
Dice la Virgen, y corta
Las rosas que allí encontrases;
Recójelas en tu capa
Y ven luego para darte
Las órdenes que yo quiero
Que ejecutes." Juan, no obstante

Que sabe que entre las peñas
No hay flores ni pueden darse,
Sin vacilar obedece
Y sube, y en el instante
Mira un vergel delicioso.
Donde brotan á millares
Frescas rosas de Castilla
Primorosas y fragantes.
En su tilma presuroso
Recoje cuantas es dable
Abarear, y vuelve luego
Al lugar donde la Madre
Al pié de un árbol lo espera
Sus mandatos para darle.
Ella, cojiéndolas juntas
Con sus manos celestiales.
Vuelve en la tilma á ponerlas
Diciendo á Juan: "No te tardes
En partir; aquí ya tienes
La señal que podrá darte
El crédito que mereces
Ante el Obispo; dirásle
Que me edifique mi templo,
Las rosas al presentarle,
Y te ordeno que estas rosas
No las enseñes á nadie,
Ni desplegarás tu capa
Hasta que llegues delante
Del Obispo." Así diciendo
Lo despidió; y él sin darse
Ni un momento de descanso,
Voló á cumplir su mensaje.

EN LA TIERRA.

YA está Juan Diego á la puerta
De la espaciosa morada,
Que con virtudes perfuma
El buen Fray Juan de Zumárraga.
Ya rogando humildemente
Solicita con instancia
No se le retarde la hora
De presentar su embajada;
Y es inútil su insistencia,
Pues los sirvientes que pasan
A su lado, del se burlan
Y desoyen sus palabras.
Algunos de ellos notando
Que oculta en su pobre manta
Alguna cosa, procuran
Con empeño registrarla.
La orden cumpliendo Juan Diego
De su excelsa Soberana,
Resiste cuanto es posible
Y más estrecha su capa;
Pero ellos la fuerza emplean,
Y al descubrir que allí guarda
Rosas bellas cuyo aroma
Incomparable se exhala,
Van á cojerlas; sus manos
Por tres veces en la capa
Introducen, y vacías
De ella sus manos levantan,

Cual si las flores que anhelan
Sólo estuvieran pintadas.
Entonces dan al Obispo
Noticia de lo que pasa,
E introducido Juan Diego
A su presencia, declara,
De verdad con la firmeza,
De la Reina la embajada
Y concluye así diciendo:
“Aquí la señal que aguardas
Te traigo por orden suya;”
Y desplegando su manta,
Lluvia de fragantes rosas
Que los aires embalsaman
Cae al suelo, y de la Virgen,
Que es la Reina Soberana
Del universo, la imagen
Se ve en la tilma pintada.
¡Oh momento el más glorioso
Y feliz de nuestra patria!
¡Oh momento de ventura
En que las eternas salas,
Sin duda que resonaron
Con las divinas palabras
Del Rey David, repetidas
Al son de angélicas harpas!
*No ha hecho otro tanto María,
Emperatriz Soberana
De la tierra, á otras naciones
Como á México su amada:*
Sin duda que al Sucesor
De Cristo que estas palabras
Dijo al saber que María
En el Tepeyac moraba,

Le fueron por Ella misma
En ese instante inspiradas.
Convencido plenamente
Y de amor vertiendo lágrimas,
El Obispo desanuda
Del cuello de Juan la capa,
E improvisando un altar,
En él á la Imagen santa
Coloca, á sus pies cayendo
Gozoso para adorarla.
¿Y Juan Diego...? siempre humilde,
Mostrando el candor de su alma,
Como un niño, ni imagina
Que el valor que la embajada
Le da, supera con mucho
Al que los grandes monarcas
Dan á sus embajadores
En las cortes soberanas.
No siente el menor orgullo
Si el Obispo lo agasaja,
Y en la tarde vuelve el pobre
A su tranquila cabaña
Sintiendo su corazón
Lleno de celestes gracias.
Familiares del Obispo
A su choza lo acompañan
Porque van á cerciorarse
De la hora en que recobrará
La salud Juan Bernardino,
Y éste con verdad declara
Que vio á la Virgen hermosa,
De fulgores circundada,
A la hora misma en que á Juan
Le reveló en la montaña

Su salud, y ya gozando
De este bien, la Virgen santa
Le expresó su voluntad
De que un templo se le alzara
En el Tepeyac bendito,
Para hacer allí morada
Y prodigar sus favores
A todo el que la invocara.

Esto mismo repitió
Ante el Obispo, y la fama
Por todo el mundo el prodigio
Llevó en sus ligeras alas.

De entonces los misioneros,
No tanto ya de palabra
Para enseñar la doctrina
De Cristo necesitaran,
Cuanto de su diestra mano
Para derramar las aguas
Del Bautismo, sobre tantos
Que recibirlas aguardan.
Desde entonces las virtudes
Que á la nación mejicana
Vivifican, son la fé,
La caridad y esperanza.

En vano el Norte queriendo
Por completo subyugarla
Sus horribles herejías
Continuo sobre ella lanza.
Ella en épocas diversas
Ha sido muy desgraciada,
Pero siempre su consuelo
Ha encontrado ante las plantas
De la Virgen que amorosa
Contra la impiedad la ampara.

Quizá ese Norte orgulloso
Que en ella ejerce su saña,
En un día no lejano
Caerá vencido á las plantas
De la Reina poderosa
Que ha fijado su morada
En el Tepeyac bendito,
Para repartir sus gracias.
Y tambien el Sur y el Centro
De esta América, colmada
De dones por el Criador,
Vendrán luego á proclamarla
Su *Protectora*, su *Madre*,
Su *Divina Soberana*.....
¡Oh Virgen Madre del Verbo!
Oye la ardiente plegaria
Que el gran León trece á tu solio
Dirige con toda su alma.
Haz que en la fe siempre firme
Nuestra Nación Mejicana,
Siempre en Tí cifre su gloria,
Su ventura y esperanza.

